

HEMEROTECA MUNICIPAL

Número de registro 2632  
Estante 330 998  
Tabla 3  
Número de volúmenes 10  
Encuadernación

El espiritismo refutando los errores del catolicismo romano	01
Los Padres y los hijos	06
En Andujar, Protesta a los explotadores de oficio	08
Dicen que dicen	15
El alma	13
El que siembra no siempre recoge	16
Un recuerdo a Kardec	20
Soneto a Kardec	22
Signe el aniversario de Kardec	23
El espiritismo	24
El coquecito del Niño	69
El Ocaso	72
Llorar por dejar la tierra	113





Lease la vida de la vida página  
 Los hijos - - - - - " 112  
 Lease el alma - - - - - " 149  
 La sonrisa de Dios - - - - - " 178  
 De Terragona - - - - - "  
 Comunicacion de Candida San } 184  
 Con sin espiritu - - - - - }  
 Poesia de Candida Sanza Perdes } 186  
 Se va mi sombra pero yo me quedo }

De pinto,  
 Licenta Quiroga  
 Tomasa San de  
 Vicalvaro

De intereses. - Refutando los errores de la religion Catolica. pagina	12
Los hijos y los Padres	06
Un recuerdo a Hardee	20
Del Diario Catolico de Zorra	32
Lease pagina	39

# LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.



PRECIOS DE SUSCRICION.

Barcelona: un trimestre adelantado. 4 pías.  
Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 pías.  
Extranjero y Ultramar: un año, id. . 8 pías

LA REDACCION Y ADMINISTRACION,

Calle de Fonollar, 24 y 26.

Se publica los Jueves.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.—  
Madrid: Almagro, 8, centr. derecha  
-Alicante: S. Francisco, 28, dup.º

SUMARIO.

El Espiritismo refutando los errores del catolicismo romano. XLIII. — La lucha de la vida.—¡Los hijos! Los padres y los hijos.

## EL ESPIRITISMO REFUTANDO LOS ERRORES DEL CATOLICISMO ROMANO.

### XLIII.

Hablando con un filósofo del movimiento filosófico de nuestros días, y de la necesidad que tenia el hombre de instruirse para comprender su mision en la tierra, dijo nuestro sábio amigo: «que el estudio como la historia es indeterminado, y mientras mas estudiemos mejor conoceremos el valor de lo aprendido, y de lo que aun tenemos que aprender.»

Es verdad, cuando el hombre lee, cuando se entrega al estudio, cuando se abisma en sus consideraciones se vé como un átomo perdido en la inmensidad. El infinito le rodea y comprende que si leyó una página, le quedan por leer los innumerables volúmenes de la ciencia universal.

En este supuesto, nos decia nuestro amigo: «La escuela que asegura saberlo todo decid que se ha vuelto loca; la escuela que sienta como verdades, lo que no son mas que hipótesis, podeis estar seguros que ella misma se entierra en sus ruinas.»

«Así como no se puede decir he hallado la última cantidad, del mismo modo no se puede decir que se posee la última y única verdad; y el que tal diga, y el que tal crea, niega todas las verdades.»

Efectivamente, nadie es el depositario de la verdad única, nadie puede creerse el elegido para saber mas que los otros; todo el trabajo del hombre, todo el afán de su inteligencia, toda la actividad de su génio, no es bastante para llegar á ser el intérprete de Dios; lo que pueden hacer las humanidades es progresar lentamente; porque de otro modo es imposible. Si penosa es la infancia del cuerpo material, es aun mucho mas la del espíritu: que algunos para dar un paso adelante necesitan siglos y siglos de lucha; por esto, cuando oimos á las religiones que cada una de ellas quiere ser la única poseedora de la verdad, nos sonreimos con lástima y nos parece que deliran como si tuvieran calentura.

Decia nuestro amigo «que los grandes absurdos hacen la misma tarea que las grandes verdades: porque cada proposicion de los primeros, refutada por las segundas, levantan una cruzada social.» Y esto es lo que hace falta, que las ideas se agiten que como ya hemos dicho otra vez «*forma la perla el agua que se agita, y el agua que se estanca forma el cieno.*» Tiendan las ideas su vuelo, porque ellas son las águilas del infinito.

Hablando del gran papel que habian representado las religiones en la civilizacion universal, nos decia nuestro entendido interlocutor, «que las religiones han de ser exactas si quieren subsistir; y la escuela que se aventura en afirmar hipótesis cae vencida por su misma debilidad. El porvenir de la humanidad es la exactitud matemática en todo y por todo, y la escuela que pretenda regir los destinos de la tierra necesita poseer las grandes verdades para poder ser el faro de todas las generaciones.»

Nosotros escuchábamos con religioso silencio á nuestro sábio amigo y nos preguntábamos entonces, y nos preguntamos ahora. ¿Y en dónde está esa escuela superior á las

demás? Hasta la presente ninguna reúne las condiciones necesarias para elevarse sobre las otras.

La escuela ultramontana ella se cree la elegida para ser la maestra de la humanidad; mas de *creerse á serlo*, hay un mundo de por medio.

El ultramontanismo podrá tal vez ser grande por su *cantidad*, pero no lo es lo mismo por su *calidad*.

Pobre y débil es la escuela que pretende engrandecerse humillando y menospreciando á las demás. La institucion que tiene vida propia, vive por sí sola; no necesita de la vida ajena; así pues, ¿qué le importa al ultramontanismo que dominen diversos ideales en la tierra? ¿No se cree el fuerte? ¿No se cree poderoso? ¿No se cree invencible? Pues entonces porque sus oradores dejan sus sagradas y místicas predicaciones, y se dedican á zaherir al espiritismo, escuela puramente filosófica y racionalista, que no tiene que ver nada ni con los santos, ni con los templos, ni con ninguna de las ceremonias católicas. Que dicen que el demonio inspira á los espiritistas. ¿Y qué tienen que ver ellos con eso? van á pagar con nosotros nuestras culpas y pecados? No; ellos iluminados por la gracia, se irán seráficamente al cielo, y nosotros los poseidos de Luzbel nos iremos satánicamente al infierno; más á los ultramontanos les viene de molde aquel cuentecillo popular que dice así:

«Juan y Pedro todas las tardes salian juntos; al fin llegaron á reñir el uno con el otro; y al dia siguiente de la riña Pedro fué á casa de Juan, y le dijo:—Vengo á decirte que á mí no me importa nada haber reñido contigo; y Juan le contestó sonriendo:—Algo te importará cuando me lo vienes á decir.»

Esto mismo le pasa á los ultramontanos: algo verán ellos en el espiritismo más grande y más racional que las inspiraciones del diablo, cuando tanto tiempo dedican á su estudio, como lo sucede al señor de Manterola, el cual dice en «El Satanismo» página 788.

«Si estos testimonios no pudieran impresionaros, yo os recordaria un documento venerando, la encíclica del Sumo Pontífice de santa y eterna memoria Pio IX, encíclica en la cual exhorta á todo el episcopado católico, que trabaje sin cesar para cortar los abusos y evitar la propaganda maléfica de los errores de la supersticion del espiritismo, encíclica en la cual dice textualmente que es ilícito y herético procurar la verdad por la invocacion de los muertos; os recordaria la condenacion, que fué como su corolario y su consecuencia, de todas las obras de Allan Kardec y otras que del mismo género y con el mismo sentido se escribieron; os haria una indicacion, nada mas que una indicacion, de lo que la sociedad humana, de lo que el mundo puede prometerse del satanismo.»

«Señores, es un hecho perfectamente comprobado, y yo vengo aquí á decir la verdad, toda la verdad, porque os soy deudor de toda la verdad, que no es un misterio para nadie que hay un plan preconcebido, uniforme, y por consiguiente, verdadera solidaridad entre las sociedades secretas y los llamados solidarios, esa secta tremenda, verdaderamente satánica, cuyo objeto es evitar que los católicos moribundos reciban los sacramentos, y que sus cadáveres sean enterrados con ritos religiosos; no es un misterio, señores, no es un misterio, y quiero que lo sepais; los centros espiritistas, *no los que se titulan centros*, los verdaderos centros espiritistas están en relacion directa, continuada con Garibaldi; sus palabras de orden son «*Roma ó la muerte*», esto es el espiritismo.»

Era necesario que el señor de Manterola nos enterase de las *palabras de orden* que tiene el espiritismo porque eso de «*Roma ó la muerte*» es la primera vez que lo hemos oido. Hasta ahora no sabíamos mas que nuestro lema era *ir hácia Dios por la caridad y la ciencia*, y que «*sin caridad no hay salvacion*» pero ese SANTO y SEÑA tan significativo y tan furibundo, nos era desconocido por completo; y los ultramontanos deben recompensar generosamente á su denodado y entendido paladin, porque trabaja mucho y bien: pero sigamos escuchándole.

«Y que hay, señores? ¿qué pasa? ¿Por qué todos tenemos miedo á todo? Porque la verdad es que todos tememos; los reyes tienen miedo á los pueblos, los pueblos tienen miedo á los reyes; unos pueblos tienen miedo á otros pueblos, y todos mutuamente vamos teniendo miedo. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Yo os lo diré; es que no estamos regidos por el espíritu de Dios, es que nos hemos entregado al espíritu de Satanás.»

«A combatir, pues, el espiritismo, en nombre de Dios, en nombre de la dignidad humana, en nombre de la tranquilidad doméstica, en nombre del orden social! ¡a combatir el espiritismo, invocando cuantos nombres sagrados pueda haber para el hombre! porque el espiritismo es la obra de Satanás, de Satanás, enemigo capital de Jesucristo, y enemigo implacable del género humano.»

Magnífico, señor de Manterola, magnífico; nos recuerda V. involuntariamente al célebre D. Quijote que por todas partes veía legiones con qué combatir: dice V.: «¿Y qué hay, señores? ¿qué pasa? ¿Por qué todos tenemos miedo á todo? Porque la verdad es que todos tememos.»

Poco á poco señor de Manterola, lo que V. asegura es muy discutible; dice V. *que todos tememos*; y perdonenos si le decimos que no es exacto lo que V. afirma.

Los verdaderos espiritistas no tienen miedo alguno; ¡si no le temen á la muerte que es lo que más le asusta al hombre, porque ven trás de la tumba la continuidad de la vida! si comprenden que cuanto sufren en la tierra es expiacion merecida ó prueba pedida por ellos, no pueden temer á nada, es ilógico el miedo en los espiritistas porque saben que es justo cuanto les acontece, y porque tienen la íntima conviccion que el porvenir es suyo, que el mas allá, como dice un célebre naturalista alemán, **ES EL HOMBRE MISMO** metamorfoseado por el progreso, engrandecido por su propio trabajo, no tienen miedo los espiritistas, señor de Manterola, no pueden tenerle porque saben que todos los efectos obedecen á una causa: dice V. «los reyes tienen miedo á los pueblos, los pueblos tienen miedo á los reyes; unos pueblos tienen miedo á otros pueblos; y todos mutuamente vamos teniendo miedo. ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? Yo os lo diré; es que no estamos regidos por el espíritu de Dios.»

Es verdad, señor de Manterola; si los hombres practicaran la ley de Dios, no se hubiese derramado tanta sangre inocente, no se hubieran encendido tantas hogueras ni se hubiesen celebrado tantos autos de fé. No se hubiera martirizado á los grandes sábios, no se les hubiera quemado á unos, y humillado á otros exigiéndoles retractaciones vergonzosas como pasó con Galileo. No estamos regidos por el espíritu de Dios, nó; porque en todas las épocas se ha violentado la conciencia del hombre, y se ha castigado más el delito de pensar libremente, que el de cometer cien asesinatos premeditados.

Si en el presente nota V. cierta efervescencia en todas las esferas, no es porque reine Satanás que no puede tener soberanía quien no ha existido jamás, no es tampoco esa agitacion porque el espiritismo tiende su vuelo al infinito; lo que sucede, señor de Manterola, es que asistimos á la muerte del ayer y al nacimiento del porvenir; el anciano se queja al espirar, y el niño llora al nacer, y el estertor del moribundo, y el llanto del recién nacido al confundirse, producen una estraña discordancia, que causa una sensacion inesplicable á los que como V. quieren que el Pasado sea el soberano inamovible del mañana.

¡El ayer se va con sus misterios!

¡El porvenir llega con sus razones!

¡Los dos trenes que conducen á los eternos viajeros, chocan y descarrilan el uno y el otro!.....

¡El tren del Pasado quiere volver á entrar en la vía!

El del mañana con máquina nueva tiene mas velocidad, y la humanidad, como es lógico, mira á los viajeros del tiempo y se divide en fracciones. Las unas son oscurantistas, y las otras espiritistas racionalistas. *La tempestad de las ideas*, como dice Castelar, cargada con la electricidad del Progreso, lanza sus rayos de luz sobre las multitudes; y los ultramontanos y los espiritistas somos tambien espectadores de esta lucha decisiva que sostienen los siglos que pasaron con los siglos que llegan; y es inútil, señor de Manterola, que quiera V. combatir al espiritismo *en nombre de Dios, y en nombre de la dignidad humana*; porque en nombre de Dios y de la dignidad humana la razon reclama sus legítimos derechos; y no hay religion en la tierra que pueda quitárselos; mas sigamos leyendo «El Satanismo,» el cual merece ser leído detenidamente y comentado en todas sus líneas, porque tiene definiciones deliciosas; en particular la siguiente que se encuentra en la página 808.

«Comentario delicioso de las palabras del apóstol es aquella graciosa frase del gran padre de la iglesia San Agustin, en que, comparando al demonio á un perro rabioso, pero atado á fuertes cadenas, dice que el demonio puede ladrar, pero jamás puede morder sino á quien quiere acercarse á él. Es verdad, esa cadena es la limitacion que Dios le ha impuesto; esa cadena está sostenida por una mano omnipotente. No nos aflijamos, pues, el demonio nada podrá hacer contra nosotros sino lo que le permite el Señor, y esto ha de redundar en mayor bien de nuestras almas, si nosotros así lo queremos.»

Pues entónces, señor de Manterola, si nada puede hacer el demonio contra los católicos sino lo que le permite el Señor, y eso ha de redundar en mayor bien de vuestras almas si vosotros así lo quereis, ¿por qué se toma V. tantos apuros por una cosa que á V. no le ha de perjudicar, y mas bien redundará en provecho suyo? y sigue V. diciendo:

«Temed, pues, al demonio, vosotros sus adoradores, vosotros sus nuevos sacerdotes; temed pues al demonio los que le invocais quizá inconscientes, porque no sabeis lo que haceis; pero sabed que á quien invocais es al demonio, á quien servis es al diablo, á quien dais culto es á Satanás.»

Pues bien, debemos confesar ingénuamente, que siguiendo la ley eterna de la vida lo que es Satanás ha progresado muchísimo; porque los verdaderos espiritistas (que según el señor de Manterola son los adoradores de Luzbel), estos idólatras satánicos se distinguen por sus sentimientos humanitarios, por su resignacion en las duras pruebas de la vida, por su amor á la ciencia, y parecen los verdaderos sacerdotes de Cristo que practican su santa ley.

Refiriendo despues el señor de Manterola la influencia que en todos los siglos ha tenido Satan, dice en la página 825.

«Ya veis, hermanos míos, como á todos los siglos cristianos los vemos más ó menos impregnados del espíritu satánico; como en todos ellos descubrimos la intervencion de Satanás hasta llegar al siglo XIX, y en el siglo XIX, hay ciertos fenómenos en que se ve de una manera clara la intervencion del diablo; sí, os citaré un solo nombre, monsieur Om vino de la América y desembarcó primero en Inglaterra: ya en América se habia distinguido por cosas en verdad sorprendentes; se le habia visto, no como quiera, poner en movimiento las mesas, sino subirse con ó sin ellas, con su auxilio y sin su auxilio y mantenerse en el aire; se le habia visto anunciar adivinando cosas perfectamente secretas, que luego salian perfectamente comprobadas; se le habia visto, en una palabra, ser el taumaturgo de Dios, taumaturgo de Satanás. Bien pronto vino á desembarcar en Inglaterra; en Inglaterra fué recibido en todos los salones de la aristocracia, en los que era afanosamente solicitado, y monsieur Om les entretenia grandemente, pero les entretenia produciendo fenómenos que de ninguna manera pueden explicarse según las leyes de la naturaleza visible. Hablo de la naturaleza, de las fuerzas de la naturaleza del hombre, que ya sé yo que lo que no es posible á la naturaleza del hombre es muy posible á la naturaleza angélica. Om visitó las capitales de Europa: estuvo en Bélgica, estuvo en Italia, estuvo en Rusia, últimamente volvió á Lóndres y de Lóndres mas tarde repitió su visita á Italia, en donde con el don de profetizar, supo una muerte que acababa de acaecer en una de las regiones mas apartadas de América: Om era recibido en las Tullerías; Napoleon III gozaba mucho de su trato y se divertia grandemente de verle; el Czar de Rusia, lo recibia tambien con distincion; últimamente aquí casó con la hermana de una condesa rusa, viniendo á París en el año de 1856, (ya veis que os hablo de sucesos de ayer y sucesos públicos) y habiendo abandonado el espiritismo, perdió su mediumidad y dejó de ser médium, porque monsieur Om no es un impostor, no es un charlatan; era un verdadero médium espiritista. Dios Nuestro Señor tocó á su corazon, eligió el sábio y santo jesuita padre Rabiñac, jesuita célebre por los formidables prodigios de santa Maria de Mordau de París, y el padre Rabiñac le instruye en la doctrina católica, porque Om habia tenido la desgracia de ser educado en el protestantismo: se reconcilia con la iglesia y empieza una vida al parecer perfectamente católica, y el padre Rabiñac continúa siendo su director espiritual.»

«Ya tenemos á un médium del espiritismo que despues de haber asombrado al mundo, por fin se reconcilia con la santa Iglesia de Dios y abandona todas aquellas prácticas supersticiosas; pero lo digo con profundo dolor, un año habia transcurrido y monsieur Om, solicitado nuevamente por los espíritus, volvió á sus antiguas prácticas. En vano el padre Rabiñac, con el sello propio de su elevado espíritu, le hizo ver que caminaba al abismo, que caminaba á su ruina: entónces monsieur Om continúa la tortuosa senda marcada por Satanás; continúa siendo médium espiritista y asombrando al mundo con sus prodigios. Despues de este funesto retroceso al espiritismo, es cuando contrajo matrimonio en Rusia, lo cual, como comprendereis, hizo más difícil su nueva conversion hácia la verdad.»

Gracias mil y mil, señor de Manterola; una voz tan autorizada como la suya, un hombre de su talla y de su valía, necesitaba el espiritismo para que proclamara la verdad de sus innegables fenómenos. Ya no cabe duda de ninguna especie; las manifestaciones de los espíritus son una verdad inconcusa que bajo su autoridad lo atestigua un moderno padre de la Iglesia.

¡Cuán cierto es que la Providencia utiliza á todos los hombres cuando llegan los grandes momentos de difundir la luz!

¡Nada mas refractario al espiritismo que el ultramontanismo! y un distinguido orador ultramontano ha dicho en la cátedra del Espíritu Santo, que el espiritismo es una

verdad. Cuando llegan las crisis supremas, las horas decisivas, cuando los grandes ideales dejan su crisálida para convertirse en mariposas, y tender su vuelo al infinito, los *ciegos ven*, y los *mudos hablan*, porque las transiciones religiosas filosóficas que cambian la faz de los pueblos, se necesita que todos las vean y las comprendan, para que todos entonen el hosanna universal! ¡La sombra del Pasado ha venido á decir á los hombres la verdad del porvenir! ¡Escuela ultramontana! ¡Salud y paz!

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

— Signe á las página 7.

## LA LUCHA DE LA VIDA.

Con razon se ha dicho que la vida no es otra cosa que una continua lucha.

¡Oh, si! lucha en la que el espíritu trabaja constantemente por sujetar sus pasiones: si vence, gloriosa es la victoria, seguro el progreso, claro el horizonte, risueño el mas allá de la tumba; pero si sucumbe, dolores seguirán á su derrota; llanto será su patrimonio y remordimientos su porvenir; lágrimas en la tierra, sombras y vacío en todas partes.

Venimos para sufrir, y nos abrumba el sufrimiento: la miseria nos aterra, y las riquezas nos fascinan; aborrecemos el trabajo, y amamos la indolencia; somos pródigos en el vicio, y mezquinos en la virtud; socorremos al necesitado las mas de las veces, por compromiso ú orgullo; nos gusta mucho hablar de las faltas ajenas, pero tenemos sumo cuidado en no mentar las propias; amamos al que nos adula, y odiamos al que nos habla la verdad; nos revestimos de humildad con el fuerte, y abusamos en demasía con el débil; en una palabra, somos el egoismo encarnado.

Miseros pigmeos de la Creacion, pretendemos ser otros tantos semidioses.

Incapaces de gobernarnos cada uno de por sí, nos creemos aptos para gobernar, cuando menos, una nacion.

¡Ah triste condicion humana! Mientras fijes tu planta en la movediza base del orgullo, tu hundimiento será seguro, y tu progreso irrealizable: tu trabajo será continuo y fatigoso; porque tu inteligencia, oscurecida por el vicio y el error, no sabe apropiarse los colores al gran cuadro de la vida. Las primeras pinceladas de este cuadro las damos al venir á la tierra á encarnar; queda en imperfecto boceto en los primeros años de la infancia, y es nuestro deber acabarlo cuando llegamos á la edad de la reflexion.

Ahora, la cuestion está en terminarlo bien ó mal.

Permitaseme simbolizar en dos imágenes alegóricas la empeñada lucha de la vida. Representa la primera una simpática jóven, de cuyo rostro parece que emanan effluvios celestiales; viste con suma sencillez y modestia; en una mano lleva un ramo de olivo, símbolo de paz, y con la otra agita un blanquisimo lienzo que tiene inscrito el siguiente tema: «Soy la virtud, emisaria de Dios, que vengo á traer á la humanidad, Paz, Amor y Progreso.» Es la segunda imagen una hermosísima matrona que viste un traje deslumbrador por su magnificencia; con su mirada, avasalla; con su magestad, impone; con su sonrisa convida á los placeres y á la orgía: lleva una red en una mano, y un ramo de mirto en la otra; ofrece toda clase de goces materiales; su ocupacion favorita es escarnecer la Virtud.

Esta es la vida; estas las imágenes que tenemos delante para terminar el imperfecto boceto de nuestro espíritu.

¿Qué colores nos apropiaremos, los modestos de la Virtud, ó los excitantes del Vicio? El Vicio nos halaga con su astucia, nos deslumbra con sus bellas perspectivas, nos muestra caminos anchurosos, nos dice que disfrutemos, que no pensemos ni filosofemos, porque la filosofia lleva á la actividad y la actividad fatiga. La Virtud, oyendo los peraminosos consejos del Vicio, se entristece por el atraso de la humanidad, y con amante y cariñosa voz esclama: «¡Pobres reclusos de la tierra! seguidme; no os durmais en la ociosidad y los placeres, porque así, os estacionais; yo os daré paz y progreso: trabajad, trabajad, que el trabajo robustece el cuerpo y vigoriza el



alma. La actividad en el bien es emanacion divina y causa de perfeccion: la indolencia enerva el espíritu y le deja sin fuerzas para rechazar las sugerencias corruptoras. Los hijos de la indolencia no atesoran sino vicios: siembran cizaña, y no pueden recojer otra cosa que miserables abrojos: miran los placeres con fruicion, escuchan al Vicio con arrobamiento, y huyen cautelosos de mí, que les digo la verdad. ¡Desdichados!»

Así habla la Virtud: pero nosotros, sordos á su dulce voz y ciegos á la luz de la razon, tomamos por modelo el Vicio y sus abigarrados colores, quedándonos altamente satisfechos de poder dar con ellos algunas pinceladas. De tiempo en tiempo el remordimiento lucha con la conciencia, y nos asalta la idea de retocar el cuadro antes de que termine el plazo de su conclusion; entonces el espíritu entabla una titánica lucha con sus pasiones; pero como éstas han adquirido un grado superior de desarrollo, dominan al espíritu, que sucumbe á causa de su debilidad. En este estado, llega la última hora, y el gran cuadro de nuestra vida no representa sinó un cúmulo de imperfecciones; y como es de todo punto preciso el que este cuadro sea perfecto, no tenemos otro remedio que, mas tarde, volver á empezar de nuevo; y hé aquí la continua lucha de la vida, iniciada por nuestras faltas y prolongada por nuestra apatía en el progreso.

Luchemos, pues, con serenidad; seamos los valientes defensores del progreso; no cesemos ni un instante en combatir el vicio; sea la ciencia espírita el rayo devastador de la ignorancia y nosotros verdaderos espíritas, esto es, lógicos y racionales, pero jamás fanáticos; pues desgraciadamente el fanatismo ha sido y es la lepra del alma que embrutece la inteligencia, y la epidemia de las humanidades. El Espiritismo racional es una partícula desprendida del infinito, soplo purísimo de Dios, que penetrando en nuestras almas, nos ha hecho sentir algo de la felicidad eterna.

Gracia.

CÁNDIDA SANZ.

*Seguir á la página 00*

## ¡LOS HIJOS!

*¡Todos los que posean el amor, y tengan buenos corazones, que lean con calma estos renglones.*

*Este artículo, amado lector!*

Un enjambre de pájaros metidos  
En jaula de metal guardó un cabrero,  
Y á cuidarlos voló desde el otero  
La pareja de padres afligidos.  
Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos  
Sus hijos á cuidar con tanto esmero,  
Ver como cuidan á los padres quiero  
Los hijos por amor agradecidos.  
Deja entre redes la pareja envuelta,  
La puerta abre el pastor del claro alambre,  
Cierra á los padres y á los hijos suelta,  
Huyó de los hijuelos el enjambre,  
Y como en vano se esperó su vuelta,  
Mató á los padres el dolor y el hambre.

CAMPOAMOR.

¡Cuán distinto es el amor de los hijos, al de los padres! En los primeros todo es egoismo; en los últimos, generalmente hablando, todo es abnegacion!

Sabido es ya que en todo hay excepciones, de consiguiente existen seres que se sacrifican por sus padres, y tambien se cuentan hombres y mujeres que asesinan á sus hijos físicamente, y en repetidas ocasiones moralmente; pero tratando de la generalidad, es mucho más intenso el amor de los padres que el de los hijos; que por algo se dice:—«Un padre es para cien hijos, y cien hijos no son para un padre»...

Hay un cuento moral titulado «La Caja de la Esperanza,» que es una gran leccion, y aunque muy á la lijera vamos á copiarlo: «Un hombre inmensamente rico tuvo de su matrimonio diez hijos, perdió á su esposa y tuvo el raro capricho de repartir su fortuna entre los diez herederos, con la condicion que indistintamente tan pronto iria á casa de un hijo como á la de otro, recibiendo la manutencion de todos

ellos. Al principio todo iba bien, los hijos le sonreían, los nietezuelos le agasajaban, y el buen viejo era el hombre más dichoso de la tierra; pero como la bonanza no puede durar mucho en este mundo, el anciano comenzó á observar que los herederos de su nombre le miraban con indiferencia, y sus nietos se reían de él; y entonces el taimado viejo se puso de acuerdo con un antiguo amigo suyo y principió á susurrarse que el rico sexagenario no había dado á sus hijos todo lo que poseía, que aún conservaba una gruesa suma para comerciar con ella y entretenerse; su amigo le dió una caja de caudales de gran tamaño en cuya puerta estaban grabadas estas palabras. LA CAJA DE LA ESPERANZA, y le dió al hijo mayor que le permitiera guardar aquella caja en su casa, pues era á quien pertenecía tenerla. El hijo accedió muy gustoso, y como por encanto recobró el cariño y las atenciones de sus ingratos descendientes.

Durante algunos años vivió el astuto viejo entre palmas y olivas, al fin cayó enfermo é hizo venir á todos sus hijos, nietos y biznietos, les dió que después de su muerte abrieran la Caja de la Esperanza, y se repartieran en partes iguales el tesoro que ella contenía.

Murió el anciano, y aquel avariento enjambre se precipitó sobre la caja, la abrió y ¡oh desencanto! estaba vacía.....!! y únicamente encontraron un rollo de amarillentos pergaminos, en el cual estaban escritas las líneas siguientes:

«Si quereis ser amados no entregueis vuestra fortuna en vida; acordaos de vuestro padre que tuvo que apelar á un engaño para no morir en un hospital. ¡Hijos ingratos! que Dios os perdone como os perdona vuestro padre!»

Util enseñanza encierra ese antiguo cuento y desgraciadamente no vienen á desmentirlo las buenas obras de nuestros hijos.

Cuantos hombres de Estado, eminentes por su saber y grandes por su posición social, han tenido la debilidad de avergonzarse de sus padres, porque estos eran pobres aldeanos que habían sacrificado su escasa fortuna para fomentar la ingratitud de sus hijos. Esto es cruel, pero es verdad.

Nosotros hemos conocido á una mujer, que nació de padres sumamente humildes, casi mendigos: la jóven en cuestión vivió de su trabajo hasta que se casó con un rico comerciante; dejó entonces su pueblo natal y se trasladó á Sevilla dejando sumidos en la mayor miseria á sus ancianos padres, y cuando estos murieron ni quisiera se puso luto para que pasára completamente desapercibida la muerte de aquella que la llevó en su seno, y la de aquel que sostuvo sus primeros pasos en la tierra.

¡Qué espíritus tan pobres! Causa pena relacionarse con la humanidad! Apartemos de nuestros labios la amarga copa de las decepciones sociales, y pidamos á nuestros recuerdos algo más dulce, más puro y más consolador; y como una bellísima visión vemos una figura adorable, un jóven, casi un niño que conocimos en nuestra infancia. Se llamaba Amaro y vivía con su madre que era viuda de un teniente de infantería, que murió antes de nacer aquel hermoso niño que recibió como primer bautismo el copioso llanto de su pobre madre, la cual quedó imposibilitada para el resto de su vida, porque sus piernas paralizadas se resistían á sostener el peso de su cuerpo, por lo que permaneció en un sillón 27 años.

Mientras vivieron los padres de esa desgraciada tuvo quien la cuidára, pero estos murieron cuando Amaro solo contaba ocho años, y entonces comenzó aquel pequeño héroe su vida de abnegación.

Contaban con escasísimos recursos. Ana, la pobre baldada hacía medias y bonitos encajes cuyo producto era para vestir á su hijo, y el niño repartía entregas y vendía periódicos, sin que por ello descuidara á la madre en lo más mínimo. El hacía la compra, preparaba la comida, hacía mandados á los vecinos, para que estos tuvieran cuidado con su madre las horas que él pasaba en su obligación, y Amaro era citado como modelo en el barrio que le vió nacer.

Nada más simpático que su figura; su blanca frente estaba coronada por hermosos cabellos rubios que eran el encanto de la madre; sus ojos azules tenían una mirada tan dulce que era necesario querer á aquella criatura que nunca se reía; su

pequeña boca no sabía mas que sonreír con tristeza, parecia el ángel del consuelo en este valle de dolor.

Entre los señores á quienes repartía entregas, se disputaban al pequeño repartidor que siempre iba muy elegantito, especialmente admirablemente peinado, porque su pobre madre tenia delirio por cuidarle la dorada cabellera.

Entre sus admiradores habia una señora muy rica que se interesó vivamente por Amaro cuando el niño le contó su historia, y desde entonces Amaro dejó su vida aventurera, para dedicarse al estudio.

Su protectora, á quien llamaremos Celia, hizo que se trasladáran á su casa Ana y su hijo, el cual al ser interrogado sobre la carrera que deseaba seguir, contestó que su mayor deseo era ser ministro del Señor, y pocos sacerdotes habrá habido en la tierra como Amaro.

¡Qué alma tan buena!

Su madre y Celia se disputaban su cariño, y nada más agradable que aquel cuadro de familia.

Celia habia perdido á su marido y á tres hijos, y su corazón ávido de ternura encontró en Ana y en Amaro dos almas agradecidas que la bendecían sin cesar. Para el jóven sacerdote no habia más mundo que su casa y sus libros, y los pobres; alma nacida para amar, amó, á su madre y á su protectora con verdadera adoracion, á la ciencia con idolatría, y á los desgraciados como el Redentor Jesús amaba á los pecadores.

Una mañana resonó un grito terrible, mil y mil voces refundidas en una sola gritaron: ¡El Cólera! y la muerte diezmó las familias.

Amaro cumpliendo con su sagrado ministerio acudió á los hospitales, y á los pobres, y á los palacios para difundir la salud del alma, y aún la del cuerpo; pues sus grandes conocimientos en medicina le sirvieron para salvar á muchos enfermos, pero fueron inútiles para su madre y para Celia; las dos murieron en sus brazos bendiciendo su nombre, y Amaro aunque era un alma eminentemente cristiana creyó volverse loco de dolor.

Herederó de una gran fortuna, pues Celia le dejó todos sus bienes, él, noble y generoso, cedió la mitad de su inmenso caudal á varias familias pobres, y la otra mitad á los parientes de su protectora, y cuando se quedó solo y pobre se marchó á las misiones de América á difundir la voz del Evangelio.

Ignoramos si aún permanece en la tierra; pero estamos seguros que aquel elevado espíritu, ora con nuestra pesada envoltura, ora con un manto luminoso formado de sustancias mas etéreas, siempre será el consuelo y el amor de cuantos le rodean, porque el que sabe amar á sus padres, es apto para todas las virtudes.

El amor filial es el primero que germina en el corazón del hombre, y todo aquel que es refractario á sus padres está en camino de ser un miserable criminal. Los pocos seres buenos que hemos conocido en este mundo han tenido adoracion por sus padres, y aún cuando estos nos parezcan, por sus debilidades, por su ignorancia y hasta por sus vicios inferiores á nosotros, no olvidemos nunca que ellos fueron nuestros asociados para cumplir nuestra mision ó espiacion en este mundo; que nos dieron el primer alimento, que guiaron nuestros pasos, y que gracias á ellos nos fué dado subir una grada mas en la escala del progreso.

Amemos á nuestros padres, si queremos que nos amen nuestros hijos; y los espiritas, los que conocemos todo el valor que tiene la vida y la gran importancia que se debe dar á las existencias, puesto que son los peldaños de la escala del infinito; nosotros debemos dar el ejemplo en todas las situaciones de la vida siendo buenos hijos, fieles amigos, y padres excelentes.

Sin las primeras virtudes no queramos engalanarnos con vestiduras que no nos pertenecen.

Sin la base de los primeros afectos, no nos llamemos nunca partidarios de la fraternidad universal.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.